

ESCÁNDALO.

Vae homini illi, per quem scandalum venit.
¡Ay de aquel hombre que causa el escándalo!

(MATTH. XVIII, 7.)

A pesar de los diferentes milagros que hacia Jesucristo, el mundo se escandalizaba de su persona, de su doctrina y de su ley; y este escándalo llegó á ser tan general, que él mismo declaró bienaventurado al que no se escandalizase de él. A este escándalo, cuyo objeto era el Salvador, ha sucedido otro del cual somos nosotros los autores; escándalo no ménos funesto, y, tal vez, más culpable. El Salvador no es ya objeto de escándalo para nosotros, pero nosotros somos objeto de escándalo para él: nosotros no estamos ya escandalizados de su doctrina, pero nosotros, con nuestra conducta, le escandalizamos en la persona de nuestros hermanos, así como S. Pablo, segun manifiesta la Sagrada Escritura, al perseguir á los fieles, perseguia al Salvador. De este escándalo causado á nuestros hermanos, me propongo hablaros en este dia, y para enseñaros á temerle y á evitarle, propongo dos proposiciones. Atendedlas, porque de las dos me he de ocupar en este discurso. ¡Infeliz de aquel que es causa del escándalo! esta es la primera: pero ¡mucho más infeliz aquel que le causa, teniendo especial obligacion de dar buen ejemplo! esta es la segunda. ¡Infeliz de aquel que es causa del escándalo! veis ahí el género del pecado contra el cual combato, y que, absolutamente mirado, ha cundido en toda suerte de estados. Pero ¡mucho más infeliz el que es causa del escándalo, teniendo especial obligacion de dar buen ejemplo! veis ahí la especie particular de este pecado, que, aunque ceñida á determinados estados, no obstante, tiene muy grande extension, como lo vereis. ¡Infeliz el que sirve á sus hermanos de ocasion de tropezar y de caer! sola la calidad de cristiano bastará para su condenacion. Pero ¡más infeliz el que escandaliza á sus hermanos, si, además de la calidad comun de cristiano, tiene algun título propio y personal que le pone en obligacion de edificarlos! En la primera parte os daré sobre esta importante mate-

ria reglas y principios generales, que servirán para todos. En la segunda, de la diferencia de vuestras condiciones sacaré motivos particulares, pero de gran fuerza, para inspiraros á todos, sobre esta materia, y segun vuestros estados, todo el celo y toda la vigilancia que es menester. Uno y otro contiene toda mi idea. Imploramos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Es necesario que haya escándalos. Jesucristo es quien lo dijo, y este es uno de aquellos misterios profundos, en que los juicios de Dios nos deben parecer más incomprensibles. Porque, esta necesidad ¿en qué puede fundarse? No busquemos más razones que la malicia del mundo, de la cual sabe Dios sacar su gloria cuando gusta; pero no quiere siempre detener el curso de esta malicia por los caminos extraordinarios de su absoluto poder. Estando el mundo tan viciado como está, y dejándole Dios, por razones altísimas de su providencia, en la corrupcion en que le vemos, y no queriendo valerse de los milagros para sacarle de ella, es consecuencia necesaria, que haya escándalos. Mas, aunque esta consecuencia sea necesaria é infalible, ¡infeliz del hombre que es causa de que el escándalo suceda! ¿Por qué? Porque es homicida, delante de Dios, de cuantas almas escandaliza: y porque ha de dar cuenta á Dios de todos los delitos de aquellos que escandaliza.

Cualquiera que es autor del escándalo, segun todos los principios de nuestra religion, se hace homicida de las almas que escandaliza. Pecado monstruoso, pecado diabólico, pecado contra el Espiritu Santo, pecado esencialmente opuesto á la redencion de Jesucristo.

Pecado monstruoso; porque ¿qué horror es el de causar la muerte á un alma que, siendo justa é inocente, era agradable á Dios y preciosa en sus ojos? el de quitarle una vida sobrenatural y divina, y hacerla perder su derecho al reino de Dios? Pues veis ahí, amados oyentes míos, el pecado que cometéis cuando escandalizais á vuestro prójimo. Aunque fuese el hombre más vil al que ocasionais la caída, ó desviándole de lo bueno, ó llevándole hácia lo malo. La vileza de la persona no puede jamás servir de excusa, y autorizar vuestro pecado. Tal vez será una criatura indigna, una criatura de nada la que pervertís; mas esta alma, en el concepto de Dios, no deja de ser de un valor infinito; y veis ahí la razon, por la cual el mismo Dios que la crió, que la redimió, y que sabe apreciarla en lo que vale, os declara, que cuantas veces la escandalizais, no solo á ella, sino á vos, os estuviera mejor ser precipitado á lo profundo del mar: *Expedit ei, ut demergatur in profundum maris* (MATTH. XVIII, 6).

Pecado diabólico, porque, según el Evangelio, el carácter particular del demonio es haber sido homicida, desde el principio del mundo (JOAN. VIII, 44); y no fué homicida sino porque, desde el principio del mundo, hizo perecer las almas, engañándolas, atrayéndolas al lazo, haciéndolas caer en la tentación, poniendo estorbos á su conversión. Pues ¿qué otra cosa hace un disoluto, un hombre vicioso, un hombre dominado por el espíritu impuro, que, en medio de lo arrebatado de sus desórdenes, busca en todo, si puedo explicarme así, presa para su sensualidad? ¿Qué otra cosa hace y en qué emplea su vida escandalosa? En engañar las almas y en condenarlas. ¿No son éstas, mundano, dado á deleites, las obras de tinieblas en que se pasa toda tu vida? Luego es el oficio del demonio el que ejercitas; y le ejercitas, tanto más peligrosamente, cuanto que por ser tú mismo en la tierra un demonio visible y vestido de carne, esas almas que escandalizas, acostumbradas á gobernarse por los sentidos como tú, y siendo carnales como tú, están más expuestas á tus tiros y reciben de ellos las impresiones más mortales. El demonio fué, desde el principio del mundo, homicida por sí mismo; pero, ahora, lo es por tu medio: tú eres el que apoyas sus intereses; el que le das armas; el que prosigues su empresa.

Pecado contra el Espíritu Santo, porque se opone directamente á la caridad, y el Espíritu Santo es personalmente la misma caridad. Si el ladrón, que despoja al prójimo de un bien perecedero, si la calumnia, que le quita una vana reputación, si el mal oficio, que le hace perder su crédito, y solo se encamina á destruirle una fortuna que se ha de acabar: si estas cosas, en todas las reglas de religión, son otros tantos atentados contra la caridad que le es debida, ¿qué será el escándalo que tira á la ruina de su salvación eterna?

Adelanto más y digo: pecado esencialmente opuesto á la redención de Jesucristo. Porque, así como Jesucristo vino á buscar y salvar lo que se había perdido; así el hombre escandaloso viene, con un designio contrario en todo, á condenar y perder lo que ha sido redimido. Y esto es en lo que el Apóstol puso especialmente la gravedad del escándalo. Y en esto se fundaba aquella persuasión tan eficaz y viva, que hacia á los Corintios, cuando les rogaba que dejaran ciertos usos á que eran muy dados, y de los cuales algunos de sus hermanos, menos confirmados en la fé, se escandalizaban. Hay entre vosotros, les decía, algunos flacos, y las libertades que os tomáis, les sirven de ocasión para caer; mas ¿sabeis vosotros, que estós flacos, á los cuales sirve de escándalo vuestra conducta, son hombres, y hombres fieles, por los cuales murió Jesucristo? ¿Sabeis que al escandalizarlos, al hacer con vuestro

ejemplo que se pierdan, destruí, á lo ménos en sus personas, todo el mérito y todo el fruto de la muerte de un Dios? ¿Luego Jesucristo, proseguía el Apóstol, padeció inútilmente por ellos? ¿Luego vuestro hermano, que aun está flaco en la fé, habrá de perderse y condenarse, por no haber querido vos condescender con su flaqueza, ni tener para con él los respetos por que os ejecutaba la caridad y la prudencia cristiana? Así les hablaba S. Pablo, y esta sola razón les persuadía. El celo de Jesucristo, de que estaban animados, les obligaba á hacerse fuerza y no hacerse dignos de la justa reprehensión de haber sido enemigos de su cruz, sirviendo para la perdición de aquellos por quienes el Hombre Dios quiso ser crucificado. Tocados de estos motivos, dejaban, sin pararse á dudar, las costumbres que, por otro lado, creían que eran lícitas. Pues ¿qué derecho no tendría yo, hoy, amados oyentes míos, para daros en rostro, no diré con semejantes licencias, sino licencias mucho más peligrosas y mucho más detestables? Porque ¿cuántas veces, y en cuántas ocasiones, con licencias culpables, que fácilmente pudierais haberlos prohibido, habeis herido las conciencias, y dado la muerte á aquellas almas delicadas por las cuales vuestro Dios dió su vida?

De este pecado se hace uno reo muchas veces, aún sin tener intención de cometerle. Una mujer llena de las ideas del mundo, se halla embarazada con visitas, con conversaciones peligrosas, y no quiere apartarse de ellas, persuadiéndose á sí misma, que no se propone en ello alguna intención mala: no obstante, harto conoce que, con su proceder, mantiene la pasión de un hombre sensual, que levanta en su corazón deseos desordenados, que le aparta de los caminos de la salvación; harto comprende, que, sufriendo lo continuo de su trato, sin querer destruirle, no obstante le destruye: ¿es acaso ménos homicida de su alma? No, amados oyentes; el escándalo que dá, es, respecto de ella, pecado y pecado grave. Su intención, en esta conducta, no es más que satisfacer su vanidad; mas, no deja su vanidad, sin dependencia de su intención, de encender y fomentar en ese jóven una secreta lascivia, y por eso se hace rea de todos los delitos que comete y cometerá.

Los pecados, me direis, son personales, y Dios, aunque formidable en sus juicios, parece que nos dá seguridad en la Escritura, cuando nos dice, que el alma que pecare, es sola la que ha de morir: *Anima, quae peccaverit, ipsa morietur* (EZECH. XVIII, 20). Convengo en ello; pero exceptuad el escándalo. ¿Por qué? Porque el escándalo, no es un pecado puramente personal, sino, como una especie de pecado original, que, comunicándose y cundiendo, inficiona al alma, no solamente con su propia malicia, sino con la malicia de todos aquellos á quie-

nes se extiende y en quienes cunde. Exceptuad, digo, de estas reglas al hombre escandaloso, que, pecando por sí y por otro, ha de ser juzgado, tanto por el otro, como por sí. Y la razon es bien natural, porque, si debe morir, segun la ley de Dios, el que peca, mucho más, dice san Crisóstomo, el que hace pecar, el que incita al pecado.

Veis ahí la razon porque el rey más santo, en medio del fervor de su penitencia, le pedia á Dios, que tuviese misericordia de él; especialmente en dos suertes de pecados, cuyas consecuencias le parecian infinitas: los pecados ocultos y los pecados ajenos, los pecados que él mismo cometia, sin saberlo, y los pecados que hacia cometer á los otros, sin imputárselos á sí mismo (PSALM. XVIII, 13). ¡Ah, Señor! clamaba David lleno de espanto; ¿qué hombre hay que conozca todos sus delitos? ¿Qué hombre hay que se aplique á conocerlos? ¿Qué hombre hay que tenga el don de discernirlos para llorarlos y satisfacer por ellos? *Delicta quis intelligit?* Limpiadme, pues, Dios mio, añadia; limpiadme de los pecados que la soberbia me oculta, de los que las distracciones del mundo me estorban que los advierta, de los que hurta á mi vista el nublado de mis pasiones, ó el velo de mi ignorancia: *Ab occultis meis munda me*. Pero perdonadme tambien los pecados del prójimo, que están á mi cargo; los pecados del prójimo, á que he cooperado infelizmente; los pecados del prójimo, que han nacido de mi proceder como de fuente envenenada; los pecados del prójimo, que, algun dia, me habeis de echar á la cara; perdonádmelos, Señor, y concededme que yo prevenga, con una exacta y rigurosa penitencia, el juicio estrecho que de ellos habeis de hacer: *Et ab alienis parce servo tuo*. Todo hombre escandaloso es homicida de las almas que escandaliza, y ha de dar cuenta á Dios de los delitos de las almas que ha escandalizado; pero si el escándalo, absolutamente y en sí mismo, es un mal tan enorme, ¿qué será el escándalo que causa aquel, de quien se debia esperar el buen ejemplo? ¡Infeliz el que es autor del escándalo! pero ¡mil veces más infeliz el que le dá, cuando tiene especial obligacion de dar buen ejemplo!

2. No hay hombre en el mundo que, por la ley comun de la caridad, no esté obligado á dar al prójimo buen ejemplo. No obstante, es menester confesar, que, en este punto, hay compromisos y obligaciones particulares. Un padre, en consecuencia de ser padre, debe dar á sus hijos buen ejemplo. El magistrado, que tiene la autoridad en la mano, debe con su vida y con sus costumbres edificar á los que deben obedecerle. Los sacerdotes y los ministros de los altares deben, como dice S. Pedro, ser los modelos y la norma del rebaño de Jesucristo: *Forma facti gregis ex animo* (I PETR. V, 5). Luego, si con perjuicio

de estas obligaciones nace el escándalo, de la misma fuente de donde habia de nacer la edificacion; ó por explicarme más claramente, si el que tiene especial obligacion de edificar á los otros, es el primero en escandalizarlos, ¡ah! amados oyentes míos! esto es lo que pone el colmo á la maldicion del Hijo de Dios, y ahora es cuando, con doblada fuerza, es necesario clamar con él: *Vae autem homini illi!* ¡Ay de este hombre! ¿Por qué? Porque entónces es el escándalo más contagioso; porque entónces es más dificultoso preservarse de él; porque entónces la impiedad saca de él mayor ventaja, y la licencia y relajacion se hacen de él un título más especioso, no solo de posesion sino de autorizacion. Atended á esta segunda verdad, y no aguardéis más prueba de ella que una simple induccion, pero viva y eficaz, que voy á hacer de ella, ciñéndome á estas especies de escándalos que acabo de proponeros.

Porque ¿qué tal es, amados oyentes, el delito de un padre que, deshonrando su carácter de cristiano, y no siendo ménos indigno del nombre de padre que tiene, él mismo escandaliza á sus hijos, y los estraga con sus ejemplos? Como padre, debia amoldarlos á los ejercicios de la religion; y es lo contrario lo que ejecuta, pues con su desvío de las cosas santas, con su afectada oposicion á todo lo que tiene el nombre de ejercicio de piedad, con toda su vida enteramente pagana, les comunica su disolucion y su espíritu de irreligion. A él le tocaba corregir los ardores de su juventud y reprimir los impetus de sus pasiones; pero es él mismo el que los autoriza con impetus, aún más vergonzosos en una edad tan adelantada como la suya, y con pasiones aún más necias y más insensatas. A él le tocaba arreglarles las costumbres; pero es el que, con desórdenes, que tienen más que bastante-mente conocidos, y que ni aún siquiera tiene el cuidado de ocultarlos, parece que ha tomado por su cuenta al arrastrarlos y sumergirlos en las más infames disoluciones. ¿A cuántos padres, dentro de la cristiandad, y por ventura, á cuántos de los que me están oyendo, no les convienen estas señas? No les basta el ser licenciosos: hacen de sus hijos, con la educacion que les dan, una generacion y una sucesion de disolutos.

San Pablo decia, que el que no tiene cuidado de la salvacion de los suyos, sin exceptuar á sus domésticos, ha renunciado la fé, y es peor que un infiel. Sentencia breve, pero llena de energia, de la cual me prometiera, para la reformation y santificacion de vuestras costumbres, mucho más que de todos los discursos, si quisierais, amados oyentes míos, aplicaros seriamente á meditarla: *Si quis suorum, et maxime domesticorum curam non habet, fidem negavit, et est*

infideli deterior (I TIM. v, 8). Mas, si S. Pablo hablaba así de los amos, poco cuidadosos y vigilantes, ¿qué hubiera dicho de los amos escandalosos? No obstante, esto es lo que vemos cada día, y lo que vemos con dolor y con llanto. Porque ello es necesario, hombres del siglo, que me escuchais, que ese doméstico, que está á vuestro lado, y tiene poco temor de condenarse, con tal que os dé gusto, y, por consiguiente, que haga con vosotros una fortuna perecedera, es necesario, repito, que sea instrumento y cómplice de vuestra maldad, cuando le encargáis aquellos empleos, que el respeto debido á este auditorio y á la cátedra en que hablo, impiden que pueda proponeros con toda la indignidad que tienen. ¡Escándalo abominable, á cuya vista tuviera derecho de repetiros una y mil veces: Ay de vosotros, amos desnaturalizados! ¿Es necesario, mujer cristiana, si, acaso, en la vida que llevas, te precias de serlo, que esa doncella, que te sirve, que esa doncella, que no tenia vicio ni tacha cuando entró á tu servicio, aprenda de tí á conocer lo que debia eternamente ignorar? ¿Es necesario que sea confidente de tus designios secretos, y que, á su pesar, tome parte en ellos, cuando la empleas en servicios, en cuyo cumplimiento consiste su delito? Cuando Dios te la confió, te hizo tutora de su inocencia, y eres tú con quien la pierde. Tu morada habia de ser para ella una escuela de modestia y honestidad; y, por lo contrario, eres tú la que la enseñas á deponer toda honestidad. Era ántes un alma virtuosa y bien nacida; pero muy presto, por la trabazon infeliz de su conciencia con la tuya, todas estas buenas inclinaciones se apagaron, y todos estos principios de virtud desaparecieron. Pues ¿qué tendrás que responder á Dios cuando te la pondrá en su juicio á la vista cubierta de tus culpas, y cuando la vieres en el infierno compañera inseparable de tu pena?

Al fin ¿qué diré de aquellos, que, habiéndose declarado por la piedad, y siendo fieles en la práctica de sus acciones, dejan que insensiblemente se introduzcan y se noten en ellas unas faltas, de las cuales los disolutos se sirven contra la misma piedad? Porque el mundo, aunque impío y disoluto, quiere, que los que sirven á Dios sean irreprochables; que su vida pase por la prueba de la censura, y que no haya nada en su porte que desdiga de su profesion. Si no corresponden en esto á la esperanza del mundo, si llegan á ser unos hombres como los demás, si mezclan con la devocion el desórden de sus pasiones, ¿no es esto un triunfo para la disolucion, y como un derecho que la autoriza? Yo sé que el mundo, al censurar la devocion, la hace muchas veces injusticia; mas, por eso mismo, los que quieren servir á Dios en espíritu y en verdad, deben ser más exactos y más regula-

res; deben guardarse con más cuidado de las faltas más leves; deben, segun la advertencia de S. Pablo, cerrar la boca á los impíos.

Concluyamos, amados oyentes míos; y para recoger en dos palabras el fruto de estas importantes verdades, pongámonos en centinela contra los escándalos que nos pueden dar; pero tengamos aun más cuidado de no escandalizar jamás nosotros mismos á los otros. Digamos todos los días á Dios, como David: *Custodi me à scandalis operantium iniquitatem* (Ps. cl, 9). Guardadme, Señor, de los hombres escandalosos; de aquellos pecadores, que cometen á cara descubierta la maldad. Pero no seamos nosotros mismos del número de ellos. Especialmente vosotros, los que Dios ha elevado en el mundo, aplicaos esta enseñanza, y acordaos, que vuestra elevación misma os impone una deuda particular, y una obligacion, tanto más estrecha de edificar el mundo, cuanto que más de temer es, que arrastren vuestros ejemplos á los flacos. Acordaos de aquella sentencia de Jesucristo: *Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videan opera vestra bona* (MATTH. v, 16). Haced, que de tal suerte brille vuestra luz á los ojos de los hombres, que los hombres, edificados de vuestro proceder, se hallen reducidos á la necesidad feliz de huir el mal y á la necesidad, aun más feliz, de practicar el bien. ¡Ah! Señor, ¿que no pueda hacer yo hoy en este auditorio lo que harán los ángeles en el juicio postrero? Uno de los cargos que les dareis, será el de juntar y arrojar de vuestro reino á todos los escandalosos que en él se hallaren: *Et mittet angelos suos, et colligent de regno ejus omnia scandala* (MATTH. XIII, 41). ¿Que no pueda yo prevenirlos? ¿Que no pueda ejecutar anticipadamente la orden que han de recibir de vos? ¿Que no pueda yo, desde luego, para desterrar los escándalos de vuestra Iglesia, librarla de todos los escandalosos? no como los ángeles exterminadores, reprobándolos en vuestro nombre, sino convirtiéndolos y santificándolos como predicador de vuestro Evangelio. No depende sino de vosotros, amados oyentes míos, el cumplimiento de mis deseos. Aquí os va vuestro interés y vuestro interés mayor, pues va en ello vuestra salvacion, y vuestra felicidad eterna que yo os deseo.

ESCÁNDALO.

II.

*Cum videritis abominationem desolationis...
in loco sancto... qui in Judea sunt, fugiant ad
montes.*

Cuando véreis que está establecida en el lugar
santo la abominacion desoladora... los que mo-
ran en Judea, huyan á los montes.

(MATTH. XXIV, 15 et 16.)

¿Cuándo se ha visto, amados hermanos míos, y cuándo se verá esa abominacion de la desolacion en el lugar santo, que Jesucristo predice en el Evangelio? Se ha visto en la destruccion de Jerusalem, á la que los soldados romanos, pocos años despues de la muerte de Jesucristo, arrasaron completamente, y en la que el templo del Señor fué profanado por todos los desórdenes imaginables; que los extranjerros, y hasta los judíos, cometieron: esa abominacion en el lugar santo la veremos al fin del mundo, en que se combatirá el Evangelio de Jesucristo, se derribarán sus templos y se abolirá su culto. Entónces, dice el Salvador, aparecerán falsos profetas, que engañarán á mucha gente, y harán cosas tan extraordinarias, que, hasta á los escogidos les costará mucho trabajo preservarse de su prestigio. Entónces aparecerá el Antieristo, que se valdrá de todos los medios posibles para destruir el imperio de Jesucristo, engañando á los hombres con los errores que difundirá, y pervirtiéndoles con la esplendidez de los bienes, ó con los atractivos de los placeres con que les brindará.

Pero, sin remontarnos á los siglos pasados, y sin penetrar en el tiempo futuro para ver la abominacion de la desolacion en el lugar santo, no tenemos que considerar, hermanos míos, sino lo que pasa en nuestra época, á nuestra vista, y aún en el seno del cristianismo. ¿No vemos ya impostores, que engañan á los unos con las máximas que les enseñan y pervierten, á los otros con los malos ejemplos que les dan? Máximas tan perniciosas, ejemplos tan contagiosos, que los mismos escogidos andan trabajosamente por el camino de la virtud. El escándalo, pues, es lo que introduce la abominacion de la desolacion

en el lugar santo, que es la Iglesia de Jesucristo, y lo que, en mi sentir, debiera inducir á las almas justas á huir á los montes y á los desiertos para librarse del contagio. Empero, no es posible que todos los justos abandonen el mundo, donde ha de haberlos para ejemplo de los demás, y muchos, por su estado, deben permanecer en él. ¿Qué hacer, pues, para poner remedio á un mal tan frecuente en el mundo? Es preciso, si cabe, corregir á los escandalosos, haciéndoles comprender toda la enormidad de su crimen. Esta es la tarea que hoy me impongo, amados hermanos míos, mostrándoles, cuán ofensivo á Dios y cuán pernicioso al hombre es el escándalo. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. El escándalo, dicen los teólogos, es una palabra ó una accion que arrastra á los demás al pecado. Y, segun ellos, yo observo dos cosas: 1.º que para que una palabra ó una accion sea escandalosa, no se necesita que, de suyo, sea mala ó criminal, sino que basta que tenga alguna apariencia de mal: 2.º que para ser culpable de pecado, tampoco se necesita tener una intencion directa de inducir á alguno al mal, sino que basta prever, que lo que se dice ó hace, será para él un motivo de pecado. Hay tambien escándalos de omision, de los cuales se hacen culpables los que, por no cumplir ciertos deberes, ocasionan la caida de sus hermanos, á quienes debieran estimular con su ejemplar conducta. ¿Quereis saber la ofensa que á Dios infiere el pecado de escándalo? Juzgadla por sus efectos. El escándalo quita al Criador la gloria que le deben sus criaturas, anula los designios de Jesucristo acerca de la salvacion de los hombres, y vuelve á éstos semejantes al demonio. ¿No es, pues, un pecado monstruoso, ó más bien, un pecado infernal?

Dios hizo racionales á los hombres, para que le glorificasen con el homenaje y la obediencia que deben á su grandeza, á sus leyes; pero ¿qué hace el pecador escandaloso? separa á los hombres del camino que conduce á Dios, les induce á la independencian, con las lecciones de iniquidad y los malos ejemplos que les dá. Es un súbdito rebelde, que no se contenta con dejar el servicio de su príncipe, ni con tomar las armas contra él, sino que arrastra tambien á sus semejantes á la rebellion, y se crea un partido, como el pérfido Absalon, para destornar á su padre y rey. ¡Ah! si es una bajeza no declararse por Dios, cuando lo requiere su gloria, no oponerse á las ofensas que se le hacen, permanecer indiferente á los desórdenes que reinan en el mundo, y no impedir el mal, cuando uno puede, ¿qué será, acreditarlo con su conducta, establecer el imperio de la impiedad sobre las ruinas de

la religion, arrastrar á los demás al vicio y al libertinaje, y suscitar á Dios, tantos enemigos que le ofenden, como personas á quienes se engaña con máximas perniciosas y se pervierte con malos ejemplos? Eso es, pues, lo que vosotros haceis, pecadores escandalosos, vosotros, que arrancais á los demás del servicio de Dios con los discursos impíos que pronunciais sobre la religion, ó con la mofa que haceis de la devocion, para disgustar de ella á los que la practican; vosotros, que arrebatáis á Dios la gloria que le habrian procurado los ayunos y limosnas de vuestros hermanos; vosotros, que alejais á esotro de los oficios divinos, de los sacramentos, para echarle en brazos del placer y del desórden; vosotros, en fin, que os oponéis al bien que los demás pueden hacer, privando á Dios de la gloria que eso le proporcionaria; porque sois malos, y querriais precaver los remordimientos de vuestra conciencia, tratais de volver á los demás tan malos como vosotros. Por eso, no contentos con alejarles del bien, les llevais aún al mal con malos consejos y peores ejemplos. Vuestra conducta se opone, no solo á los designios del Criador, sino tambien á los del Redentor, toda vez, que haceis inútiles los sacrificios de Jesucristo por la salvacion de los hombres.

Bien sabeis, amados hermanos míos, el motivo de la venida del Hijo de Dios al mundo. Él descendió á la tierra para salvar á los hombres. Ese gran designio le ocupó desde toda la eternidad; y para cumplirlo en el tiempo, se revistió de nuestra naturaleza, nació en un establo, sufrió el hambre, la sed, el rigor de las estaciones, las afrentas, los desprecios, una pasion dolorosa, una muerte cruel. Si resultó, fué para nuestra justificacion, dice el Apóstol; antes de abandonar la tierra, para subir al cielo á tomar posesion de su gloria, dejó en su lugar Apóstoles, con la mision de enseñar á los pueblos y aplicarles el fruto de sus trabajos, de su pasion y muerte; por eso envió les su Espíritu Santo, que les comunicó las luces y fuerza necesaria para dar feliz cima á tan grande obra; en suma, la salvacion de los hombres fué el fin de todos los misterios de un Dios hecho hombre, el objeto de su Evangelio, el premio de su sangre. Pero ¿qué hace el pecador escandaloso? hace que, para las almas que pervierte, sea estéril la sangre que Jesucristo por ellas derramára: anula los méritos de su pasion y muerte, y arrebató al Señor unas conquistas, que le costaron lo más precioso que tenia. ¡Qué atentado! En vano, pues, oh pastor caritativo, en vano te has tomado tanta molestia para buscar la oveja descarriada; en vano te fatigas corriendo tras ella; en vano has sudado sangre y agua para traerla al redil; en vano has sufrido la muerte de la cruz para darle la vida; tus trabajos, tus

lágrimas, tus padecimientos, tu muerte, todo es inútil; tú la has librado del furor del lobo, y el escandaloso viene á quitártela, para precipitarla al abismo. ¡Qué barbarie! ¡Qué crueldad! Tal es la vuestra, pecadores escandalosos, que haceis perecer á las almas por quienes murió Jesucristo. ¡Qué ofensa no haceis á ese Dios Salvador, que ha amado á las almas hasta el punto de sacrificarse por ellas! ofensa más sangrienta que el mismo crimen de que los judíos se hicieron culpables, al derramar la sangre de Jesucristo, puesto que este derramamiento sirvió para la redencion de los hombres; en vez de que, además del deicidio que cometeis en la persona de Jesucristo, renovando su muerte, haceis estéril esta muerte, poneis un obstáculo al cumplimiento de sus designios, derribais el edificio que construyó á costa de grandes fatigas, os esforzais á destruir una religion, que sus apóstoles predicaron con tanto celo, que los mártires cimentaron con su sangre, que tantos santos doctores han ilustrado con sus conocimientos, y que tantos fieles ministros del Evangelio sostienen con sus esfuerzos y buenos ejemplos; es decir, que reproducís la guerra y las persecuciones, que los enemigos de esta santa religion la suscitaron, en otro tiempo, en las personas de los tiranos y de los herejes! ¿Qué digo? la guerra que le haceis, tiene consecuencias más funestas que la de sus primeros enemigos.

En efecto, amados hermanos míos, la persecucion de los tiranos de otro tiempo contra la religion, era parte para aumentar el número de los fieles; la sangre cristiana era, segun la expresion de Tertuliano, una semilla que producía el céntuplo. Pero el escandaloso hace una guerra á la religion, tanto más peligrosa, cuanto que es ménos cruenta. No son la crueldad de los verdugos, ni el rigor de los suplicios, ni los horrorosos preparativos de la muerte, los medios que emplea para hacer sucumbir á los fieles; válese, sí, del aliciente del placer, de la esplendidez de las riquezas, de los mentidos encantos de los objetos que les ofrece, para arrastrarles al desórden y apartarles de la santa ley del Señor. ¿Cómo, pues, trataremos, amados hermanos míos, á esos enemigos de la gloria de Dios y de la salvacion de los hombres? Les daremos el nombre con que les llama el discípulo muy amado, S. Juan. Ahora hay, dice, muchos Anticristos: *Et nunc Antichristi multi facti sunt....* (I. JOAN. II, 18). Es decir, que hay cristianos indignos de tan hermoso nombre, que ya se anticipan á hacer las veces del Anticristo, destruyendo el reino de Jesucristo, pervirtiendo á las almas, induciendo los ánimos al error, así con los malos discursos que pronuncian, como con los malos libros que publican, y corrompiendo los corazones con los atractivos del mal ejemplo que dan. Los